

Un día de playa en Marbella

Corrían los años 60. Marbella aún conservaba kilómetros y kilómetros de playas naturales, bosques de pinos que unían sus copas, formando inmensos techos verdes. Dunas cálidas, brotadas de vegetación autóctona. Veredas y caminos para bajar al mar desde la carretera por la zona de las *Chapas*, convertían un día de baños en un acontecimiento extraordinario.

Aquel verano fue especial, íbamos toda la familia a la playa subidos en el camión de un tío materno, que se dedicaba al transporte de frutas. El clan salía muy temprano porque así se disfrutaba mejor del día de playa. En total nos podíamos juntar veinte o veinticinco personas,



entre niños y mayores. Nos juntábamos la Familia extensa y alguna chiquillería de vecinos agregados al buen plan

La faena era intensa para las mujeres casi desde la madrugada. Capachas llenas de fiambreras con tortillas de patatas y filetes empanados, viandas y más viandas... Las sandías y los melones se ponían a enfriar enterrados en la

orilla, más de una vez los arrastraba el mar, o las marcas desaparecían y había que hacer múltiples excavaciones para encontrar el sabroso fruto refrescante.

Los hombres eran los encargados de la sombra y del fuego para asar las sardinas en espetos. Con el toldo del camión y con cañas se montaba un refugio tan espectacular, que más de un guiri despistado, de aquellos pioneros de los 60, entraban pensando que se trataba de un encantador chiringuito abarrotado de clientes. Cuando “picaban” ya no se iban de allí sin consumir gratis lo que a bien apetecía ofrecerles, todo variado y abundante, y que por cierto todo les sabía a gloria. Se marchaban alucinados por las generosas costumbres de los habitantes de Marbella, con caras sonrientes y miles de ademanes de agradecimientos. Los despedíamos con la satisfacción de la generosa hospitalidad y con cierta guasa andaluza y sureña, que es una especie de tomadura de pelo a lo naif.

Arrastrábamos gigantescos flotadores reciclados de los neumáticos de los camiones. Cada rueda negra, era la embarcación para varios, y sujetos a ellas y aleteando con los pies, nos metíamos mar adentro. Divisar desde el mar, la costa, la tierra, las dunas, el límite de Europa por el sur, el sur de la Península, el sur del sur... era un acontecimiento que nos hacía sentir protagonistas de una experiencia única, porque además si nadábamos hacia el horizonte, la cercanía de África era tan palpable que la creencia de poder encontrarnos de bruces con los camellos y las chilabas, nos echaba aún más leña al fuego de la imaginación. La idea de cruzar el charco se nos hacía sugerente y mientras más nos retirábamos de la orilla, más precauciones había que tomar para espantar los peligros marinos. Con las piernas dábamos golpes en el agua para que las amenazas se retiraran de nuestras frescas carnes juveniles, especialmente la de las extremidades sumergidas.

El día de sol, agua, salitre y arena, nos dejaba la piel dolorida y quemada. Pero era tanto el disfrute que rehuíamos las llamadas al cobijo de sombras, y corríamos hacia las dunas de aquellas playas salvajes para rodarnos por ellas y ver quién quedaba más emborrizado de arena fina, rubia y caliente. En el almacén de mis recuerdos, aquellos días de playa, de inocencia y aventura, ocupan la estantería principal dedicada a los paraísos ya vividos...

Ahora cuando paseo por algunos retazos de nuestras Costas Marbelleras que aún conservan algo de su esplendor, no puedo evitar el sentimiento contrariado del daño que hacen los depredadores. El afán de poseer por y desde el dinero aquello que siempre debería ser un bien común. En varias décadas, han logrado destruir parajes de belleza majestuosa que se sostenían desde cientos de años a orillas de nuestro mar.



Tendremos que estar pendiente de la nueva Ley de Costas, que puede querer seguir arañando nuestra Naturaleza. Conservar lo que queda, para las generaciones venideras es también nuestra responsabilidad.

Concha G^a Benítez
Julio del 2013
Socia de Marbella Activa